

La fragmentación de la sociedad norteamericana

Pierre Briançon

Traducción de Aurelia Álvarez Urbajtel

Los Estados Unidos tienen hoy dos caras. Por un lado, se han vuelto la primera y la única potencia mundial. Por otro lado, dan incesantes muestras de debilidad. En el terreno económico, por supuesto, por el peso del déficit y de la deuda públicos. Pero más aun en el terreno social: la sociedad norteamericana aparece atravesada por fracturas que a veces dan lugar a violentas convulsiones. Por un lado, una potencia que gana la guerra del Golfo, por el otro, una sociedad a veces al borde de la desintegración y un sistema político cuya fragilidad ha sido revelada por la inesperada calificación de Ross Perot.

Año de renovación del equipo presidencial, 1992 fue por ese motivo la oportunidad de alimentar, al otro lado del Atlántico, los debates que suscita la observación de una sociedad a la vez fuerte y vacilante.

Correspondiente en Washington para el diario Libération, Pierre Briançon describe aquí esos debates, a partir de un análisis de las obras publicadas recientemente sobre el estado social y moral de los Estados Unidos. Subraya la crisis política a la que se enfrenta el país, la importancia mantenida y renovada de la cuestión racial, la verdadera guerra institucional que libraron las mujeres contra los hombres.

El ensayo de Briançon fue publicado originalmente por la Fundación Saint-Simon, que dirige François Furet.

En los Estados Unidos, el año político 1991-1992 comienza en el otoño de 1991 con el caso de Clarence Thomas, prosigue en abril de 1992 con los disturbios de Los Angeles, y concluye en noviembre con la elección de Bill Clinton a la Casa Blanca. El telón de fondo de estos tres acontecimientos es una crisis económica inesperadamente larga, y en el escenario internacional, la desaparición de lo que quedaba de la Unión Soviética después del golpe fallido del verano de 1991.

Las audiencias senatoriales de Clarence Thomas, acusado de hostigamiento sexual por una de sus antiguas colaboradoras, Anita Hill, revelaron el carácter potencialmente explosivo de las relaciones entre los sexos en los Estados Unidos y pesaron constantemente en el debate político durante ese año electoral. Un año después de un escándalo que, más allá de la anécdota explícita, fue de hecho un verdadero trauma nacional, las elecciones generales estuvieron marcadas por una feminización sin precedente de la vida política, consecuencia directa del debate público —y retransmitido por televisión— provocado por el caso de Clarence Thomas. Así, el Senado norteamericano cuenta ahora con seis mujeres, entre ellas cuatro recién electas, cifra nunca antes alcanzada en la historia de las instituciones norteamericanas.

El segundo acontecimiento clave del año —los motines de Los Angeles que siguieron a la absolución de cuatro policías blancos acusados de violencia contra un automovilista

negro— reveló que la gravedad de la cuestión racial era persistente y cada vez más. La mayoría de los agitadores, detenidos después del saqueo de las tiendas en el barrio *South Central* de Los Angeles, eran de origen hispánico, y el blanco privilegiado de los pillajes fueron tiendas coreanas. Hoy el país se halla entonces enfrentado a una diversificación del problema de las minorías raciales, sin que haya sido resuelta la antigua cuestión de la delincuencia en los grandes centros urbanos, que desembocó en la constitución, en el corazón abandonado de las grandes ciudades, de ghettos del crimen y del desempleo. Ya no es únicamente la cuestión —históricamente clásica— de la cohabitación de la mayoría blanca y de la minoría negra, sino la de la coexistencia conflictiva de varias minorías raciales —hispánicas y asiáticas sobre todo— frente a la mayoría blanca. Y esa multiplicación de los casos de cohabitación complejos —negros y judíos en Nueva York, negros e hispánicos en Washington, negros, coreanos e hispánicos en Los Angeles— transforma poco a poco la problemática racial tradicional.

Por último: la elección de Bill Clinton a la presidencia de los Estados Unidos marcó el fin de un año político en parte colocado bajo el signo del "fenómeno Perot". El fenómeno, más profundo que lo que sugieren rápidos análisis sobre el resurgimiento del populismo contemporáneo, reveló la amplitud del desapego de la opinión ante el funcionamiento tradicional de las instituciones democráticas norteamericanas. Al obtener cerca del 20% de los votos en las elecciones del 3 de noviembre, Perot —o más bien lo que representa— apareció como un elemento durable del paisaje político, que expresa no tanto, como se ha dicho demasiado a menudo, el "descontento" (fenómeno pasajero y contingente) como una aspiración, difusa pero fuerte, a la reforma política y a la consideración real de los problemas mucho tiempo pendientes (como el déficit presupuestal o el estado del aparato productivo). Aunque recibieron el título de "primeras elecciones presidenciales de la posguerra fría", las elecciones de 1992 estuvieron marcadas, en el terreno intelectual y editorial, más por un examen detallado de los problemas internos de los Estados Unidos que por un debate sobre el nuevo papel estratégico y diplomático de la única potencia mundial. Incluso la cuestión rusa —el único tema de actualidad internacional que parece suscitar un germen de interés real en el gran público— fue considerada ante todo como una cuestión de orden interno: se trató, esquemáticamente, de saber qué recursos estaba dispuesto a dedicar el país para la emergencia de una democracia parlamentaria y de una economía de mercado en el conjunto postsoviético y si había que ayudar a Rusia más que a Missouri.

La desaparición de las tensiones políticas, diplomáticas, militares y financieras que habían acompañado a la guerra

fría en sus diferentes fases, hizo entonces que la atención política y social se concentrara en las cuestiones internas, en el mismo momento en que concluyó el gran ciclo político del reaganismo y de la "revolución conservadora" iniciada en 1980. Tentativas de balance para el decenio transcurrido, exploraciones de los problemas que afectaban al cuerpo social e interrogantes sobre el porvenir de la comunidad norteamericana marcaron por lo tanto la producción editorial. Libros-debate, best-sellers paradójicos y reveladores, datos estadísticos y sociales, pueden resumirse globalmente en una serie de interrogantes sobre los diferentes procesos de fragmentación en curso en la sociedad norteamericana. La dimensión "generacional" de la elección de Bill Clinton fue ampliamente comentada y sin duda sobreestimada —sobre todo porque la generación de los famosos *baby boomers* fue la que más se resistió a darle votos al candidato demócrata, que halló más éxito entre los más jóvenes y entre los más viejos. Pero la victoria del candidato demócrata puede analizarse más profundamente como la voluntad del electorado de superar y dejar atrás esas fragmentaciones, que tendieron a agravarse durante los años 80. Uno de los temas más recurrentes del nuevo presidente fue el de la necesaria "reunión" de los Estados Unidos, y una de las causas fundamentales del fracaso de Bush y del partido republicano reside en la imagen agresiva que proyectaron durante la campaña, al lanzar anatemas de exclusión, sobre todo contra los homosexuales o las madres solteras, en nombre de los valores familiares. La cruzada moral fue rechazada por el cuerpo electoral, como susceptible de dividir, más de lo que ya lo está, a un país que se interroga pero que, en el fondo, no quiere ver puestas en tela de juicio sus pulsiones "libertarias".

Diferentes ensayos, publicados durante el año, dan una idea de las interrogantes que manifiestan los autores norteamericanos sobre el porvenir del país. De un modo que puede mostrarse paradójico, los "grandes" temas políticos del momento han proporcionado escaso material editorial: pocas obras sobre la política económica, y sobre todo muy escasa reflexión sobre la redefinición que deberá experimentar necesariamente, en el nuevo contexto internacional, el modo de ejercicio del poder norteamericano. Los debates, en ambos dominios, han adoptado los canales de la prensa y de las revistas, como si sus respectivas materias fueran aún demasiado movedizas como para ser objeto de obras más profundas. En cambio, las relaciones entre los sexos y entre las razas han dado una literatura abundante a la que se añade, en filigrana, una interrogación permanente ante las instituciones mismas del país y ante el funcionamiento general del sistema político. Es entonces a partir de esos tres temas, empezando por el último, como se puede analizar la fragmentación de la sociedad norteamericana.

LA CUESTIÓN POLÍTICA: LOS LIBROS DE LA CAMPAÑA

En los tres niveles que constituyen los partidos, la prensa y el *Welfare state*, la campaña para las elecciones presidenciales fue la oportunidad para una severa crítica de las instituciones norteamericanas.

a). *El sistema político en duda*. El ensayo político del año fue, sin lugar a dudas, el de E.J. Dionne Jr. Se proponía responder

a la pregunta siguiente: ¿Por qué los norteamericanos odian la política?¹ El autor se basa en la historia política de los últimos treinta años, y anuncia a la vez la revuelta del electorado y la tendencia al recentramiento encarnada por Bill Clinton. Muestra de qué manera el debate político, al polarizarse en las cuestiones ideológicas, trató en realidad temas ajenos a las aspiraciones del electorado y sin relación con los aspectos más importantes en juego para el país. La culpa es tanto de "izquierda de los años 60" como de la "derecha de los años 80", escribe Dionne. "Mientras que los norteamericanos refljan en torno a la derecha religiosa, los industriales alemanes y japoneses ganaban partes cada vez más grandes en el mercado norteamericano. Mientras que izquierda y derecha se disputaban cuotas raciales, el salario medio de todos los norteamericanos se estancaba. Mientras que Michael Dukakis y George Bush hablaban de Willie Horton y del juramento a la bandera, los cajitas de ahorro se dirigían inexorablemente hacia la catástrofe. Mientras que los hombres políticos se insultaban acerca de la pena de muerte, cada vez más niños nacían en el seno de una subclase urbana cuyas oportunidades de vida son débiles y cuyos miembros son los más susceptibles de ser a la vez víctimas y perpetradores de crímenes". Debido a sus "moralismos" respectivos, explica Dionne, la izquierda norteamericana tradicional y la derecha conservadora reaganiana han perdido de vista la noción misma del bien público; la izquierda, por temor a abordar de frente el debate sobre los valores; la derecha, por desconfianza hacia toda forma de acción del Estado. Ahora bien, observa Dionne, los norteamericanos están de acuerdo con la derecha en considerar que "el interés público descansa en la virtud pública", pero piensan, como la izquierda, que "los problemas públicos deben ser resueltos por la acción pública, incluyendo la acción del Estado".

Leída nuevamente a un año de su publicación, y considerada a partir de la campaña electoral y de las elecciones presidenciales, la obra arroja una luz singular sobre acontecimientos aparentemente inesperados: por ejemplo, el surgimiento de la candidatura de Perot o el movimiento de rechazo global del *establishment* político y de los medios masivos. La calidad y la seriedad indiscutibles de la campaña fueron impuestas por el elector: Perot, el candidato "populista", es también aquel cuyo éxito dependió, en lo esencial, de un programa económico radicalmente austero, que anunciable sacrificios para todo el mundo, y de un discurso apocalíptico sobre los efectos del déficit presupuestal y de la deuda pública. Invirtiendo las ideas del sentido común, ese año fueron los electores quienes les impusieron a los candidatos un fuerte reclamo de seriedad, de propuestas, de detalles programáticos, que dieron lugar, río arriba, a un híbrido curioso: el populismo antidemagógico. Y la incapacidad de Bush y de los republicanos de captar esa aspiración explica su derrota: al negar la crisis misma, el presidente saliente no percibió la intensidad de esa demanda de proyecto, y se conformó con readecuar, como programa de gobierno, algunas de sus propuestas o ideas anteriores.

La otra gran obra política del año, *Chain Reaction* de Thomas B. Edsall y Mary D. Edsall, explora por su parte los

¹ E.J. Dionne Jr., *Why Americans Hate Politics*, Simon & Schuster, 1991.

campos de batalla de dos de las guerras civiles culturales más importantes de estos últimos años: la cuestión fiscal y la cuestión racial². De nuevo basándose en la historia política reciente y en el análisis del estallido de la gran coalición liberal (en el sentido norteamericano del término) que había llevado a Lyndon Johnson a la presidencia en 1964, los autores examinan la división del cuerpo social en fracciones cada vez más antagónicas: los contribuyentes de la *middle class* contra los recipientes de la ayuda pública (sobre todo los desempleados); los partidarios del juego del libre mercado contra los abogados de un papel "afirmativo" del Estado en materia de definición y de protección de los derechos llamados cívicos (concebidos y vividos como destinados a proteger categorías particulares de la población); finalmente, blancos contra negros, ya que, según los autores, la cuestión racial permite, todavía hoy, definir tanto las ideologías conservadoras como las ideologías liberales. Al intentar entender las razones que le permitieron al partido republicano dominar por tanto tiempo la vida pública, los autores de *Chain Reaction* analizan también la guerra cultural que se desarrolló en torno a los valores; en efecto, el apego a éstos permite explicar, en lo esencial, la huida de la *middle class* hacia el reaganismo.

En total, Thomas y Mary Edsall detectan, en la sociedad norteamericana, un proceso autosostenido de profundización en las divergencias sociales y raciales. Un ejemplo de ello es que la huida de la *middle class* blanca hacia los tranquilos suburbios provocó el empobrecimiento del centro de las grandes urbes y la reducción de su base fiscal, que se tradujo en una delicuencia de los servicios públicos (desde la educación secundaria hasta la recolección de la basura doméstica) delicuencia que refuerza nuevamente el exodo. Las comunidades suburbanas quisieran entonces hacerse directamente cargo de sus problemas, ya que la privatización de los servicios municipales aparece como el mejor medio de mejorar el rendimiento del dinero depositado. Políticas sociales y reforma del *Welfare*, problemas del sistema educativo, lucha contra el crimen y el tráfico de droga, derechos cívicos y programas universitarios: la mayoría de los grandes debates sobre las políticas públicas llevan así la marca de las divergencias ideológicas y culturales, estima Thomas Edsall.

Ambaras obras, brevemente descritas, habrían inspirado fuertemente, al parecer, la estrategia de campaña, los temas y los programas del presidente electo Bill Clinton. De hecho, el reconocimiento, por parte del candidato teórico de la "izquierda" norteamericana, de la legitimidad del enojo manifestado por la *middle class* en contra del partido demócrata y su recentramiento ideológico y programático, marcaron, más allá del acontecimiento electoral, una fecha mayor en la vida política norteamericana, punto de partida sin duda para futuros realineamientos.

La incapacidad de los dos grandes partidos para responder al enojo, a las angustias y los deseos del electorado, descrita por E.J. Dionne, se tradujo sin embargo también por un desapego violento, próximo a la repulsión, de la opinión hacia los pilares del sistema institucional norteamericano. La crisis sin duda se profundizó con la duración de la recesión

económica y con la desaparición progresiva de la euforia de la era de Reagan mientras que se imponía el principio de realidad cardinal: el problema de la deuda. La del Estado por supuesto —la cifra de 4 mil millones de dólares que representa la deuda pública fue la más citada en la campaña presidencial—, pero también la de las empresas y la de los hogares.

La toma de conciencia de que la prosperidad de los años 80 tal vez había sido, en buena parte, una prosperidad engañosa, adquirida (según el principio de la deuda) a costa de las generaciones futuras³, no fue ajena al desarrollo del sentimiento de extrañeza y de enajenación (en el sentido etimológico, y no marxista, del término) hacia las instituciones políticas. Diferentes escándalos, surgidos durante el año en la Cámara de los representantes, sin duda reafirmaron la idea de que ya era tiempo de "sacar a los salientes". Y, de hecho, el número de renovaciones alcanza, en el Congreso, un nivel inusualmente elevado para una institución cuyos miembros estaban acostumbrados a las reelecciones casi automáticas: la Cámara de los representantes del 103er. Congreso cuenta así con cerca de 150 nuevos miembros (sobre un poco más de 500). Además, en las elecciones del 3 de noviembre, catorce estados sobre cincuenta decidieron imponer límites al número de los mandatos a los que podían postularse sus elegidos, y así detuvieron, en lo que a ellos respectaba, el debate lanzado a escala nacional por los republicanos, que querían poner fin a la larga dominación del partido demócrata sobre la rama legislativa. A fin de evitar las tentaciones de la corrupción ligadas al hábito y a la antigüedad, así argumentaba George Bush, convendría limitar el número de mandatos a los que los legisladores podrían acceder, como se hace con el presidente. Sin embargo, replicaban por su parte los adversarios de la limitación de mandatos, es el elector, y sólo él, quien debe decidir⁴.

Sea como fuere, la conciencia de que una crisis amenazaría el sistema de democracia representativa fue reforzada por el deterioro de las reglas del juego político. Éstas nunca habían sido un obstáculo para una cohabitación armónica entre las dos ramas del poder, el ejecutivo y el legislativo, en caso de que cada una estuviera dominada por un partido. La acrimonia excepcional de las relaciones entre George Bush y el Congreso demócrata, en los dos últimos años de la presidencia que acaban de concluir, reforzó por el contrario la opinión según la cual Washington estaba decididamente "bloqueado", y que el poder era en realidad incapaz de tomar las decisiones difíciles que impone la situación financiera del Estado. Y como en todo período de crisis de confianza política, la cuestión de los "privilegios" materiales de que dispondrían los elegidos, salió varias veces a la superficie. Lejos

² Para un balance económico y social de los años reagan, ver Donald L. Barlett y James B. Steele, *America: What Went Wrong?* Andrews & McMeel, 1992. Los autores, periodistas del *Philadelphia Inquirer*, habían ganado el premio Pulitzer por la larga serie de artículos que sirvió de base para el libro, y que conoció un éxito popular inesperado, para ser un estudio económico reputado como austero y de lectura difícil (veinte mil cartas, llamadas, comentarios o peticiones de copias).

³ Para la argumentación más completa a favor de la limitación del número de mandatos, se podrá leer el libro del editorialista conservador, George Will, *Congress. Term Limits and the Recovery of Deliberative Democracy*, The Free Press, 1992.

² Thomas B. Edsall y Mary D. Edsall, *Chain Reaction: the impact of Race, Rights and Taxes on American Politics*, W.W. Norton & Company, 1991.

de ser un tema demagógico explotado por la prensa o algún político populista, fue un revelador de la aspiración a una purificación de las costumbres políticas: el cuerpo social les pide a sus elegidos un mínimo de virtud, pública y privada.

El libro de William Greider, *Who Will Tell the People?*, resumió, bajo la forma de una encuesta –panfleto, el sentimiento manifestado por la opinión al filo de sus votos en 1992, desde las elecciones primarias hasta las generales: el tema de la "traición" de la democracia de la que habla este reportero, veterano de la vida política norteamericana, traduce de hecho el rechazo de un sistema en que la confiscación del poder por los grupos de presión, los cabildos, los elegidos desconectados, interesados o corrompidos, le impide al "pueblo" hacerse escuchar. Ante este sistema cerrado, las instituciones que supuestamente expresan su voz —la prensa, los partidos, los sindicatos— están debilitados, o han acabado por aliarse con el sistema mismo, en una complicidad general con la gran confiscación. Detallado y argumentado, el libro encontró su traducción al gran público en la fórmula que se escuchó a menudo durante el año, lanzada por los candidatos marginales, pero pronto retomada por los pretendientes más serios de la Casa Blanca: "recuperar a los Estados Unidos". Recuperarlos, en nombre del pueblo, ante los que hubieran monopolizado el poder: todo candidato debía presentarse, ese año, como el "outsider" al asalto de Washington, fortaleza para ser tomada.

b). La crítica de los medios masivos de comunicación. La prensa y los medios de comunicación, cuya importancia en el sistema político norteamericano huelga recordar, no escaparon a esa crisis de confianza generalizada. Dos obras en particular intentaron explorar el papel, cada vez más controvertido, de los medios de comunicación nacionales en el proceso político⁶.

Del lado conservador, Suzanne Garment, investigadora del American Enterprise Institute, denuncia la "cultura de la desconfianza" desarrollada por la prensa hacia las instituciones y la obsesión de escándalo en las salas de redacción, los comités del Congreso o las oficinas de los procuradores. Las cruzadas fueron demasiado lejos, según el autor, y generaron un costo global para el sistema político que sobrepasa con mucho las ventajas del ansia de escándalo en términos de salubridad democrática: así, estima Suzanne Garment, numerosos candidatos potenciales a las funciones públicas renuncian a partir de entonces, temerosos de ser sometidos al examen implacable por parte de la prensa del menor detalle de su vida privada.

Kathleen Hall Jamieson, decana de la escuela de comunicaciones de la universidad de Pensilvania, teme más, por su parte, una renuncia de la prensa que un celo agobiante para el sistema. Los medios de comunicación así como la opinión, se habrían convertido en las víctimas de una tendencia que consiste en tratar a la política como una campaña publicitaria, y se conformarían entonces con lo más superficial sin tratar

de analizar la realidad de los hechos o la sustancia de los discursos. La prensa, de hecho, se habría dejado manipular por los fabricantes de imagen y los consejeros publicitarios que han invadido el terreno político, o por los "buscadores de oposición", que se encargan, por cuenta de un candidato, de hurgar en el pasado, las declaraciones, la vida y el balance del adversario. Al tratar, por ejemplo, las elecciones presidenciales como una carrera de caballos, los medios de comunicación han actuado de tal modo que la atención esté exclusivamente captada por los problemas de estrategias, los "golpes" y los sondeos, y se olvidan de lo esencial: la exactitud de los temas, de las propuestas o de los programas y las grandes cuestiones que se les plantean al país y al pueblo.

Redactados ambos antes de la última campaña presidencial, estos libros resumen el reproche que la opinión en general dirige a los periódicos y a los grandes canales de televisión: concentrarse en las dimensiones no esenciales para la marcha del país. La campaña misma reveló sin embargo que el sistema había sabido crear anticuerpos y limitar así la amplitud de la crisis de confianza que le afectaba. Los correctivos fueron desde lo más anecdótico hasta lo más serio, de lo más tranquilizante a lo más inquietante. Así, algunos periódicos pusieron en pie células encargadas de vigilar la realidad de los alegatos enunciados en las cápsulas publicitarias de los candidatos. Algunos canales de televisión decidieron por lo demás no seguir el rito de la difusión de la pequeña frase cotidiana de los candidatos, antaño deliberadamente creada y concebida por los estados mayores para ese uso, y cuya duración promedio, en disminución constante desde hace veinte años, había acabado por alcanzar ocho miserables segundos: algunos canales simplemente se negaron a pasar sistemáticamente esas citas; otros, como CBS, intentaron difundir extractos más largos y menos frecuentes de los diferentes discursos.

Esta voluntad, manifestada por los medios de comunicación y sobre todo por la prensa, de volver a sus tradiciones de seriedad, de luchar contra la "cultura de la idiotez"⁷ impuesta, por ejemplo, por la irrupción de emisiones de variedades en el debate político, no convenció sin embargo totalmente al electorado, que expresó con regularidad, al filo de los sondeos, su consternación ante la actitud de los grandes periódicos que se las daban de justicieros de la moral. El cuerpo social mismo se negó de hecho a plegarse a las reglas del juego al no sancionar la exposición masiva de escándalos que, en el pasado, había logrado obligar a un candidato a retirarse, o costarle votos. Así sucedió con las relaciones conyugales del candidato Bill Clinton: el eco complaciente hecho a las declaraciones de una antigua cantante de cabaret, incluyendo a los periódicos más serios, el New York Times a la cabeza, incluso antes de que comenzara el ciclo de las elecciones primarias, no jugó finalmente sino un papel marginal en la campaña.

Finalmente, la competencia extrema que existe entre diferentes medios de comunicación, produce ella misma un medio susceptible de corregir una deriva prolongada. La crítica de los medios de comunicación se ha desarrollado así en el seno mismo de las grandes instituciones: periódicos como *Los Angeles Times*, el *Washington Post* o *Newsweek*, se

⁶ William Greider, *Who Will Tell the People: The Betrayal of American Democracy*, Simon & Schuster, 1992.

⁷ Suzanne Garment, *Scandal: the Culture of Mistrust in American Politics*, Times Books, 1991; y Kathleen H. Jamieson, *Dirty Politics: Deception, Distraction and Democracy*, Oxford, 1992.

⁷ Ver el artículo de Carl Bernstein, "The Idiot Culture", *New Republic*, 8 de junio de 1992.

ilustran regularmente por la calidad del tratamiento crítico que imponen a su propia profesión, incluso a su propia redacción. La precipitación, los errores y los resbalones son atenuados o corregidos de este modo por la autovigilancia o la crítica recíproca de los grandes soportes masivos".

c). *El cuestionamiento del welfare state.* La emergencia y, luego, la victoria de Clinton tradujeron la voluntad del partido demócrata de "reentrar" su discurso, tras los repetidos fracasos que le habían infligido unos republicanos que parecían haber transformado la Casa Blanca en una plaza fuerte inexpugnable. El gran divorcio entre los demócratas y la *middle class* norteamericana está bien analizado en la obra de Thomas Edsall ya citada, sobre todo bajo el ángulo del descontento expresado frente a un sistema de *welfare* cada vez más costoso, percibido como ineficaz e incluso nocivo. Las ayudas financieras públicas destinadas a los más indigentes (pobres y madres solteras sobre todo) y el carácter gratuito, para ellos, de los cuidados médicos (gracias al sistema del *Medicaid*) parecen haber probado su ineficacia en la medida en que prolongan el sistema mismo de dependencia, que sin embargo deberían supuestamente eliminar. Ahora bien, es porque se adhirió a la tesis que hace del sistema un engaño general, y a los costos que progresan de manera exponencial, por lo que una parte de los electores, considerada por los demócratas como propia, huyó hacia los republicanos, en el sur sobre todo.

Por ello, el año transcurrido ha visto multiplicarse los análisis cuyo objeto era pensar de nuevo el *welfare* liberándose de las determinantes ideológicas que pesaban sobre el debate desde el lanzamiento de la *Great society* de Johnson, en los años 60. La existencia persistente de una *underclass* de desempleados, concentrada en los alojamientos públicos del centro de las grandes urbes, el fracaso, aparentemente reconocido por todos, del sistema, alimentaron pues la reflexión y las propuestas.

En *The End of Equality*⁸, de Mickey Kaus, uno de los responsables de la revista *New Republic*, ataca así el sistema del *welfare* y lo que llama "el consenso del déniges-dinero", doctrina que ha dominado la política pública hacia los pobres, incluso durante los doce años de administración republicana. Los efectos perversos del *welfare* son por cierto conocidos: por ejemplo, una madre soltera desempleada que encuentra un empleo, pierde una serie de prestaciones anexas, lo que hace para ella más ventajoso el "no-trabajo". Al criticar las visiones tradicionalmente redistributivas de la izquierda norteamericana a la que pertenece, para Mickey Kaus importa distinguir la igualdad de ingresos de la igualdad social. Propone sobre todo establecer un vínculo entre la necesidad de trabajo y la posibilidad de ser beneficiario de las

⁸ Se podrá leer, por ejemplo, el largo estudio del *Washington Post* sobre la forma en que los medios masivos norteamericanos han ignorado, subestimado o subratado la gran crisis de las cajas de ahorro (*Savings and loans*), lo cual fue una de las grandes catástrofes financieras de la posguerra, que le costó a las finanzas públicas unos 500 mil millones de dólares; Howard Kurtz, "How the Press Bungled the S & L Story", *Washington Post*, 29 de noviembre de 1992.
⁹ Mickey Kaus, *The End of Equality*, New Republic/ Basic Books, 1992.

prestaciones de *welfare*, y sugiere en este sentido una panoplia de medidas.

Los autores (aunque de opiniones políticas distintas) de otras dos obras, también publicadas ese año sobre el tema, comparten el mismo punto de vista¹⁰. Para poner fin a la situación de dependencia en la que se encuentran los ghettos, ambos estiman en efecto que la ayuda financiera pública debería subordinarse a compromisos de trabajo, de educación o de formación, o incluso de responsabilidad familiar (la estructura familiar del padre ausente se ha convertido efectivamente en la célula de base de los ghettos urbanos). Mientras que los análisis divergen a menudo en cuanto a las causas de la persistencia de la pobreza en el contexto del *boom* económico que prevaleció durante los años 80, ambos libros, en sus conclusiones, permiten medir el camino recorrido por los partidarios de las dos corrientes de opinión norteamericanas. Del lado conservador, para luchar contra la pobreza ya no se trata de defender un rompimiento de compromiso puro y simple ante el Estado: incluso se considera la posibilidad de hacer de éste el último recurso para los desempleados, convirtiéndolo en un empleador según el modelo de lo que había lanzado Roosevelt. Del lado "liberal", el tabú que pesaba sobre el cuestionamiento de la responsabilidad individual es tallado: la temática demócrata se volvió permeable a conceptos que constituían hasta entonces el monopolio del conservadurismo, lo que permite captar la importancia de la invisible revolución ideológica que consagró la victoria de Clinton.

II. LA CUESTIÓN RACIAL

Los motines de Los Ángeles, en el mes de abril, produjeron un doble efecto en la opinión pública, y en el modo en que ésta aprehendía el problema racial: un efecto inmediato, que consiste en recordarle al país la persistencia de la cuestión urbana —en su doble dimensión racial y social— y su carácter explosivo; y un efecto más mediatisado: el que consiste en analizar el fenómeno. Desde ese punto de vista, las interpretaciones se cruzan, se embrollan y se contradicen parcialmente, ya que la lectura de los acontecimientos no se presta a un análisis unívoco.

La primera interpretación, la más evidente y la más sencilla, es la que apela a la rabia de los ghettos negros, que habría explotado cuando sucedió lo que se percibió como una injusticia: el veredicto de absolución dado por un jurado blanco en el proceso de cuatro policías, igualmente blancos, acusados de actos de violencia sobre el automovilista negro Rodney King. Según esta interpretación, de un gran clasicismo, los motines habrían sido de naturaleza política y social: la pobreza que engendra la revuelta.

Varios elementos deben introducirse sin embargo en este cuadro, pues le dan una fisionomía más compleja y, para decirlo todo, muy diferente. En primer lugar, el hecho de que la mayoría de los amotinados finalmente arrestados por la policía, casi en todos los casos tras el pillaje de las tiendas destruidas, haya sido de origen hispánico. En segundo lugar, el papel que al parecer desempeñaron las pandillas urbanas er-

¹⁰ Más bien "a la izquierda". Christopher Jencks, *Rethinking Social Policy*, Harvard University Press, 1992. Del lado conservador, Lawrence Mead, *The New Politics of Poverty*, Basic Books, 1992.

la difusión de los incendios y de los saqueos. En fin, el hecho de que, en lo esencial, la zona *South Central* en la que habían surgido los motines, haya permanecido en calma, sobre todo en los barrios habitados por los miembros de la clase media negra, en número creciente.

No es exagerado, por lo tanto, ver en los alzamientos de Los Angeles un precipitado a escala de la cuestión racial de los Estados Unidos, que escapa hoy a la descripción que se podía hacer de ellos en los años 60, momento en que se dieron los primeros grandes alzamientos de ghettos urbanos. Desde este punto de vista, ya se ha anotado que convendría más bien hablar de "las" cuestiones raciales. El último censo (1990) dio una idea de la fragmentación étnica a la que se enfrentaba la sociedad norteamericana, sobre todo por la fuerte migración de origen hispánico. Casi 20 millones de las personas que viven en los Estados Unidos (o sea el 8% de la población) han nacido en el extranjero: un récord histórico. El decenio 1980-1990 conoció una ola de inmigración comparable al gran flujo de principios de siglo: 8.6 millones de habitantes del territorio norteamericano declararon, a los agentes del censo, que habían entrado al país en esa época. En el conjunto de los Estados Unidos, el 13.8% de la población habla en su casa una lengua distinta al inglés. Y se trata de un promedio que oculta grandes disparidades geográficas: así, las tres cuartas partes de los residentes de Miami no emplean el inglés como lengua materna. El Census Bureau estima que, hacia la mitad del próximo siglo, habida cuenta de las tendencias previstas en materia de demografía y de inmigración, los Estados Unidos estarán poblados por una mayoría de no blancos¹¹, una "mayoría de minorías".

Esta inmigración, sin precedente en el período de la posguerra, combinada con el mantenimiento de las tendencias migratorias anteriores (desplazamientos de la población del noreste hacia el oeste o el sureste) no hace sino acentuar la fragmentación del país y de la sociedad. A lo cual se añaden factores geográficos y económicos agravantes: las disparidades de ingresos, de condiciones de vida, de educación, —entre clases sociales, clases de edad y regiones— lejos de aminorarse, se han profundizado desde hace diez años; por esta razón, el censo de 1990, según el comentario de la demógrafa norteamericana Martha Farnsworth Riche¹², plantea una nueva pregunta: "¿En dónde puede hallarse el punto en común?" entre esos fragmentos de Estados Unidos.

Considerada por mucho tiempo como la "única" minoría del país, la comunidad negra se está convirtiendo en la "minoría de la minoría", ante el aumento de los grupos asiáticos e hispánicos. Los hispanoamericanos deberían convertirse, durante los veinte años por venir, en la "minoría dominante" del país: constituyen ya cerca de un tercio de la población en la aglomeración de Los Angeles y un 15% de la aglomeración neoyorkina¹³. La población de los ghettos negros se

enfrenta a una inevitable competencia en materia de empleo y de educación, y se arriesga a permanecer en el subdesarrollo y en el ciclo de desempleo y criminalidad (la muerte por homicidio es la primera causa de mortalidad entre los jóvenes negros norteamericanos, que constituyen además la mayoría de la población carcelaria). El que las víctimas de los motines de Los Angeles hayan sido esencialmente miembros de las minorías, también muestra que esos desbordamientos fueron provocados por el conflicto, cada vez más frontal, que se desarrolla entre grupos étnicos colocados en situaciones de competencia por los mismos empleos, al menos en teoría: los negros critican a los abarroteros coreanos por sus precios elevados (que se justifican, contestan los responsables coreanos, dadas las condiciones de vida y de trabajo particularmente difíciles en el ghetto) pero también por el solo hecho de que han acabado por dominar el comercio de abarrotes. Además los negros, norteamericanos por mucho tiempo, ven que numerosos empleos son monopolizados por la mano de obra latinoamericana, que a veces ha ingresado ilegalmente al país y acepta con más facilidad los bajos salarios rechazados por los "afroamericanos". Los términos del problema han sido bien planteados en un largo estudio de Jack Miles, uno de los editorialistas del *Los Angeles Times*¹⁴: "Por una ironía particularmente cruel, a finales del siglo XX la inmigración de origen latinoamericano bien podría hacer padecer a los negros norteamericanos lo que la inmigración europea les hizo padecer a finales del siglo XIX"; Miles subraya que toda modificación de la política de inmigración del país —que iría en el sentido de un *Blacks First*— chocaría con numerosas complicaciones internacionales. De parte del gobierno norteamericano, la voluntad de concluir lo más rápido posible el TLC expresa por cierto, en una amplia medida, la esperanza de que los trabajadores tentados por la migración hacia el norte permanezcan en México. Esto no hace sino llevar el problema a otro terreno, ya que el librecambismo que prevé el tratado se expone a la crítica de proteccionistas que le reprochan la exportación de empleos norteamericanos hacia México. Sin embargo ¿pueden los Estados Unidos evitar a corto plazo la elección que se les propone entre la importación de trabajadores y la de empleos?

La minoría negra, por su parte, presenta un fenómeno de diversificación que cada vez menos puede ser abordado y analizado como un conjunto socioeconómico homogéneo. Junto a la realidad de los ghettos, la aparición de una clase media negra es uno de los acontecimientos que marcan los dos últimos decenios, y el proceso no se ha detenido de ningún modo durante la "revolución conservadora" reaganiana. Al contrario de lo que dictan los estereotipos, la mayor parte de la comunidad negra no está desempleada y progresó regularmente en cuanto a ingresos y estatus social. Hoy, el 40% de los negros con un empleo son "cuellos blancos": eran el 10% en 1950. Ha surgido una clase de empresarios y de hombres de negocios, de dentistas, de ingenieros o de profesores, que dan fe del aumento del poder económico negro, acompañado naturalmente de la emergencia de una élite política "integrada" por más de una razón: numerosos alcaldes negros de las grandes ciudades del país, de Nueva York a Los

¹¹ Incluyendo a los hispánicos.

¹² Ver *Washington Post*, 29 de mayo de 1992, "A Nation in Transition".

¹³ Ver, acerca del tema, el reporte anual de una de las principales organizaciones negras del país, la National Urban League, "The State of Black America", enero de 1992, y sobre todo el estudio de Bernard C. Watson, "The Demographic Revolution: Diversity in 21st Century America".

¹⁴ Jack Miles, "Immigration and the New American Dilemma", *The Atlantic*, octubre de 1992.

Ángeles y de Detroit a Atlanta, han sido elegidos por mayorías blancas.

Como lo muestra Thomas Edsall, "el ingreso regular de una mayoría de norteamericanos negros a la clase obrera y la clase media —después de años de esclavitud y de segregación legal— ha traído como consecuencia la destrucción de clichés raciales y ha cruzado la 'pantalla' de los prejuicios". Sin embargo, prosigue, la misma persistencia de la *underclass* en los ghettos va en el sentido opuesto: "en términos políticos y sociales, la *underclass* sirve para reforzar los prejuicios raciales más desastrosos acerca de los Estados Unidos negros".

La obra de Andrew Hacker¹⁵ es sin duda el libro mayor del año sobre la cuestión racial —o, más bien, sobre las relaciones entre los Estados Unidos blancos y los Estados Unidos negros. Al situarse en la tradición clásica de la izquierda norteamericana, Andrew Hacker analiza sistemáticamente las estadísticas —crimen, alojamiento, producción, ingresos, desempleo, educación— para pintar a los dos países levantados uno contra otro. Por parte de los blancos, hay un temor difuso y la mayoría está consciente de no ser "ni responsables ni culpables de las condiciones de vida de los negros." Por parte de los negros, está la desesperanza que engendran la marginación económica, la disolución de las estructuras familiares, la violencia y el crimen. Andrew Hacker advierte deliberadamente que no tiene más propuestas que motivos de optimismo. Según él, "la herencia de la esclavitud" se arriesga a poner de modo permanente a los negros como grupo, en lo más bajo de la escala económica y social, en tanto que las otras minorías nacidas con la inmigración se integrarán más rápidamente¹⁶. Andrew Hacker recuerda en particular que uno de cada cinco varones negros norteamericanos ha conocido o conocerá la cárcel, que casi la mitad de los niños negros viven en condiciones inferiores al nivel de pobreza, que los negros diplomados de la Universidad ganan sólo un poco más, en promedio, que los blancos con un nivel de educación secundaria.

Ante este panorama, ¿qué sucede con la política racial en los Estados Unidos? Durante los últimos años, podía resumirse en un díptico conflictivo: una acción pública voluntarista (basada en la *affirmative action* y la afirmación de los derechos civicos) que chocaba con la resistencia creciente de la clase media blanca ante su financiamiento —los impuestos a la alta— y ante sus métodos —las cuotas impuestas, por ejemplo, para entrar a ciertas universidades. Es todavía demasiado pronto para saber si la situación ha cambiado por completo, pero ese año fue el escenario de algunos cuestionamientos.

La manipulación de palabras racialmente "codificadas" por la derecha conservadora norteamericana había sido uno de los medios empleados para movilizar los votos de los suburbios blancos, a través de mensajes subliminales. Cuando Ronald Reagan denunciaba los *welfare queens*, todo el mundo había entendido que se refería a los negros, que aparecen como los principales destinatarios de los subsidios para el

desempleo, por efecto de una idea tan preconcebida como falsa. Cuando en 1988 George Bush evocó, en contra de su adversario, el caso de Willie Horton (criminal negro que había violado y asesinado durante una salida autorizada por la cárcel), los observadores habían subrayado el contenido racial de la campaña que apuntaba a reunir a los Estados Unidos, preocupados ante el auge de la criminalidad.

Sin embargo, la campaña presidencial de 1992 al parecer provocó en el electorado un rechazo a esa táctica tradicional del partido republicano: de manera significativa, la evocación de Willie Horton sirvió finalmente de argumento electoral para los demócratas, que denunciaron ese tipo de "sucia jugarreta" de los republicanos, cuando el electorado pedía soluciones concretas para los problemas urbanos. Como si la violencia en Los Ángeles, más que reforzar el miedo, hubiera contribuido a que el conjunto de la opinión le exigiera al poder una política de lucha real contra la pobreza.

Pero como observó Henry Louis Gates Jr.¹⁷, director de estudios afroamericanos en Harvard, en la campaña de Bill Clinton el candidato "trataba" por primera vez, la cuestión negra al tiempo que la ignoraba. Al defender programas de interés general, como políticas sociales no específicamente destinadas a los negros (educación y formación, seguro de enfermedad, acceso financiero a las universidades, aprendizaje), Bill Clinton superó la pugna habitual relativa a la eficacia de las políticas clásicas de *affirmative action*. En realidad, el nuevo presidente eliminó el aspecto racial en la campaña y en el debate político del año. Así lo había hecho, a su modo, el secretario de la Vivienda de George Bush, el conservador ideológico Jack Kemp, cuando propuso audaces políticas en los ghettos a base de zonas francas y de privatización de los alojamientos sociales vendidos de nuevo a sus ocupantes: pero las resistencias, la indiferencia o la política de esperanza tuvieron razón de sus intenciones.

Pero no basta librarse al debate político de contaminaciones raciales para garantizar que las reformas puestas en marcha por el nuevo presidente reunan a los norteamericanos y eliminen la brecha entre los diferentes componentes de un *melting pot* cada vez más diverso. La elección de un presidente y la adhesión a su programa señalan en todo caso la incomodidad que la división racial había impuesto a los distintos componentes del país. La "coalición" que el nuevo presidente logró movilizar para entrar en la Casa Blanca, poniendo fin a la coalición reaganiana que reunía a la clase obrera blanca y al electorado tradicionalmente conservador, se apoya en la alianza de una franja importante de la *middle class* blanca y de las minorías raciales. Pero una vez pasadas las elecciones, los Estados Unidos vuelven a su realidad. Los hechos permanecen, así como los resquemores y las verdaderas razones del conflicto.

Así, los problemas entre minorías raciales encontrarán su transposición en el nivel político, como se verá durante 1993 con la elección del nuevo alcalde de Los Ángeles. En Chicago, la ruptura de la alianza tradicional entre negros y latinoamericanos había provocado ya la derrota del alcalde negro en favor de Richard Daley, al que se habían aliado los hispanos. En Los Ángeles, además, el voto asiático será determinante, y por primera vez en la historia del país, un representante de cada minoría podría presentarse a las elecciones municipales

¹⁵ Andrew Hacker, *Two Nations. Black and White, Separate, Hostile, Unequal*, Charles Scribner's sons, 1992.

¹⁶ De modo más anecdótico, para una descripción de las relaciones entre blancos y negros, la incomprendión y el recelo entre ambas culturas, se podrá leer también el libro de entrevistas de Studs Terkel, *Race: How Blacks and Whites Feel about the American Obsession*, The New press, 1992.

¹⁷ "A Pretty Good Society", *Time*, 16 de noviembre de 1992.

—problema que en primer lugar le incumbría al partido demócrata, dominante, cuando debía elegir a su candidato.

Desde ese punto de vista, el historiador Arthur Schlesinger se muestra preocupado por la fragmentación del *melting pot*, ante el peligro de que le suceda la "Torre de Babel" fundada en "el culto de la etnicidad"¹⁸. Piensa que los Estados Unidos son la víctima de un movimiento que pone en tela de juicio la naturaleza misma de su civilización, en la que podían "fundirse" las identidades étnicas de los inmigrantes en una ciudadanía y una identidad propiamente norteamericanas. "En lugar de una nación compuesta de individuos que eligen libremente por sí mismos, los Estados Unidos abarcan cada vez más a grupos con caracteres étnicos más o menos irreducibles. El dogma multiétnico abandona su objeto histórico, y sustituye la asimilación por la fragmentación, la integración por el separatismo".

De hecho, la realidad norteamericana aporta numerosos ejemplos que apoyan la demostración de Arthur Schlesinger. Incluso el lenguaje lleva ahora la huella del separatismo: se habla de "africanamericanos" —el único término "políticamente correcto" para designar a los negros—, de "asiáticos" o de "hispanoamericanos". El movimiento de los derechos cívicos se ha transformado progresivamente en un trabajo de elaboración legislativa que se asemeja a veces a la aglomeración de una serie de derechos particulares en cada grupo étnico (o social). La lucha también atañe al contenido de la educación —con los intentos de relativizar, en nombre de la diversificación necesaria de las culturas, el alcance de la enseñanza sobre la cultura europea: así sucede con el movimiento afrocentrista en numerosas escuelas con mayoría negra, que apunta al "redescubrimiento" de la cultura africana oculta.

Arthur Schlesinger piensa, a pesar de sus inquietudes, que "la campaña contra el concepto de ideales comunes y de una sociedad única va a fracasar". La tendencia a la asimilación permanece poderosa, como lo manifiesta sobre todo la penetración de las élites dirigentes, económicas y políticas, por los asiáticos o los hispánicos de segunda generación. El mismo sinsentido del culto a la etnicidad obra finalmente en su contra, y la cultura norteamericana ha segregado sus antídotos: algunos de los mejores procuradores del afrocentrismo están en la *intelligentsia* "africana americana", y no sólo en las filas de los conservadores negros, escuela de pensamiento paradójica y todavía minoritaria.

En una palabra, la voluntad de integración sigue existiendo y constituye un poderoso fermento para la construcción de un proyecto común. Habrá todavía que buscar ahí los efectos a largo plazo de las imágenes, de los mensajes y de las reformas que la administración de Clinton le va a proponer al país. Por ejemplo, si efectivamente nombra, como lo prometió, a un gobierno "que se asemeje a los Estados Unidos" en su diversidad, el nuevo presidente podría reforzar poderosamente el simbolismo de integración sobre el cual construyó parcialmente su campaña.

III. LA GUERRA DE LOS SEXOS

Los grandes best-sellers del año editorial norteamericano no fueron los programas políticos de los candidatos —que figu-

raron sin embargo en lugares honorables, lo prueba la seriedad de espíritu que se apoderó del electorado— ni los libros prácticos que proliferaron, ni los ensayos políticos, económicos o históricos. Fue la cuestión femenina lo que cautivó a los lectores, con mayor énfasis en las relaciones institucionales entre hombres y mujeres.

En el centro de ese "año feminista", hay un libro y un caso. El libro es de Susan Faludi, *Backlash*, cuyo éxito acabó ocultando el contenido del análisis, y que se convirtió por sí mismo en un centro de interés de primer orden en un centro. El caso es, por supuesto, el que opuso públicamente, en directo y por televisión, a Clarence Thomas, hoy juez en la Suprema Corte, y su acusadora, Anita Hill, quien desde entonces se convirtió en invitada de categoría para los coloquios, con discursos apreciados por todos los auditórios y símbolo de la lucha feminista ante el mundo del poder masculino.

El libro de Susan Faludi¹⁹ se colocó, desde su publicación, a la cabeza de los bestsellers, y siguió figurando en ella en su versión de bolsillo. El subtítulo, *La guerra no declarada contra las mujeres norteamericanas*, da cuenta de su intención, de índole resueltamente panfletaria, pero no de su fondo, que descansa en varios años de investigaciones. El argumento central es el siguiente: "En el último decenio se ha dado un poderoso contrataque ante los derechos de las mujeres, una carambola, una tentativa de borrar el puñado de victorias, pequeñas y difíciles, que el movimiento feminista había logrado conquistar para las mujeres". Este contrataque, estima Susan Faludi, es "insidioso" ya que "invierte la verdad, al proclamar que las mismas medidas que elevaron la condición de las mujeres acarrearon su miseria".

Antes que nada, Susan Faludi critica la cultura popular, y los clichés, conscientes o inconscientes, que maneja, así como la prensa, que disfraza o deforma la realidad estadística. Publicidad, televisión, cine, obras eruditas, habrían concordado al mismo objeto: hacer que las mujeres ahoren la época dorada en que el feminismo todavía no destruía su feminidad. Susan Faludi se rebela contra esta visión.

Su tesis fue acogida respetuosamente por la prensa más seria, la misma cuyas aproximaciones y hostilidad antifeminista denuncia la autora. Señal, se puede elegir, o bien de que la virulencia del contrataque no es tan fuerte como lo afirma Susan Faludi, o bien de que el libro llegó en buen momento.

Su publicación coincidió en efecto con la larga serie de audiencias senatoriales relativas a la confirmación del juez Clarence Thomas, nombrado por George Bush para la Suprema Corte de los Estados Unidos. Clarence Thomas debió de haber pasado sin tropiezos la prueba de la confirmación por la Alta Asamblea, ya que el cálculo político se basaba en que, a pesar de las discutidas competencias jurídicas del interesado, los demócratas habrían tenido dificultades en negarle sus votos a un candidato negro. Pero a última hora, las acusaciones de Anita Hill, que alegaban varios hechos constitutivos de "hostigamiento sexual", en la época en que fue colaboradora de Clarence Thomas, estuvieron a punto de comprometer su nominación.

El aspecto anecdótico de las audiencias no tuvo parangón con el movimiento de fondo que siguió en la opinión pública femenina. Si 1992 pudo ser proclamado como el "año

¹⁸ Arthur M. Schlesinger Jr., *The Disuniting of America*, W.W. Norton & Company, 1992.

¹⁹ Susan Faludi, *Backlash: The Undeclared War Against American Women*, Crown, 1991.

de la mujer en la política", es sólo porque el espectáculo de Anita Hill, declarando sola ante la Comisión judicial —enteramente masculina— del Senado, cristalizó un sentimiento de rebeldía cuyos efectos se hicieron sentir, más de un año después, durante las elecciones para el Congreso, marcadas por una tasa de "feminización" inédita en el personal político.

El caso de Anita Hill²⁰ se reveló en sus ramificaciones políticas y sociales, y una vez pasada la etapa dramática y anecdótica del acontecimiento, como uno de los grandes momentos de la vida del país. Todo concurría, ya que, en esos pocos días, fue evocado el conjunto de los problemas que viven los Estados Unidos. Primero, la crisis de las instituciones democráticas: las preguntas, después del acontecimiento, se refirieron al proceso de designación y de confirmación de los jueces en la Corte Suprema; dicho de otro modo, a la Constitución misma y las relaciones que crea entre las tres ramas del poder. Después, la cuestión racial e, indirectamente, la política de *affirmative action*: nadie puso nunca en duda —aparte de George Bush, que era lo mínimo— que Clarence Thomas nunca hubiera sido designado en sus funciones si no hubiese sido negro y conservador, porque se trataba de sustituir al primer y único miembro negro de la Corte, Thurgood Marshall, figura histórica de la lucha por los derechos cívicos, nombrado por Lyndon Johnson, uno de los últimos "liberales" de la institución, poblada de conservadores por los presidentes republicanos. En fin, la cuestión feminista en todas sus dimensiones: ya que, si se evocó a porfia la cuestión del "hostigamiento sexual", el problema del aborto también estuvo en el centro de los debates lanzados en esa ocasión. Así, Clarence Thomas, interrogado en varias ocasiones sobre el célebre fallo "Roe contra Wade" —que inscribe en la Constitución el derecho de las mujeres al aborto— se negó a contestar afirmando que no tenía opinión preconcebida sobre el tema: intento de evitar una cuestión delicada en vísperas de varias decisiones de la Corte (que pasó al campo "conservador"), por parte de la cual algunos temían en ese entonces un viraje de jurisprudencia.

Anita Hill, de hecho, dejó tales huellas entre el público, que el país "celebró", en el otoño de 1992, con la interposición de medios masivos e instituciones, el primer "aniversario" de las audiencias senatoriales, como si se tratara de un acontecimiento fundador de la sociedad norteamericana. Anita Hill permitió a la vez que se revelara la amplitud de la resonancia de la cuestión del hostigamiento sexual en la sociedad —símbolicamente, el problema era, por primera vez, evocado públicamente en el seno mismo de las instituciones— y que la rebelión feminista cristalizara ante lo que fue percibido unánimemente como una incomprendión fundamental del poder masculino. Los senadores —sobre todo republicanos— interrogando sin piedad a Anita Hill para refutar sus alegatos y ponerla en ridículo: tal fue la imagen que la opinión pública conserva de las audiencias. Más que los mismos hechos, que permanecerán en disputa para siempre —se trataba

exclusivamente de la palabra de Clarence Thomas contra la de su acusadora— es la actitud general del Comité judicial, íntegramente masculino, ante Anita Hill, lo que desencadenó la rebelión. El *Backlash* de Susan Faludi fue para muchas mujeres norteamericanas, y no sólo para los movimientos o asociaciones feministas, ese rechazo aparente de los alegatos de Anita Hill por el Senado —lo que acabó por confirmar a Clarence Thomas como noveno juez de la Suprema Corte. Y las cuatro nuevas elegidas en el Senado norteamericano todas demócratas— habían apoyado una parte de su campaña en oposición al Comité —presidido sin embargo por un demócrata.

Un observador extranjero se habría sorprendido entonces más que nada por la ausencia de pruebas, ciertamente difíciles de establecer. Podía pensarse que la cuestión del honor perdido del juez Thomas merecía, por lo menos, en nombre de la presunción de inocencia, mayor atención. Ahora bien, lo más significativo, en el diluvio de comentarios y análisis que siguió al "caso" Thomas, es precisamente la ausencia de debates profundos sobre esas cuestiones. Como si el estado de las relaciones entre mujeres y hombres, o el estado de desarrollo del movimiento feminista, al marcar una verdadera ruptura institucional, no permitiera que se interesaran en ello.

Los debates de sociedad de ese año estuvieron monopolizados, más allá del caso de Anita Hill y del hostigamiento sexual, por cuestiones relacionadas directamente con el movimiento feminista: el aborto, en primer lugar, objeto de luchas políticas renovadas ante la cercanía de la revisión del fallo "Roe contra Wade" por la Suprema Corte, y por lo tanto cuestión central de la campaña electoral. El 29 de junio, la Corte decidía sin embargo mantener, en sus grandes líneas, la protección constitucional de la libertad de aborto, cuya consecuencia práctica es limitar los márgenes de maniobra de los estados para reglamentar su ejercicio. La elección de Bill Clinton a la Casa Blanca había tenido como efecto posterior la desdramatización de la cuestión, pues el nuevo presidente había prometido que sólo nombraría en la Suprema Corte a los jueces que afirmaran su adhesión a la "libertad de elección" (de las mujeres). Discutible y discutida en el terreno de los principios (¿es legítimo exigir de los futuros miembros de la Corte una prueba ideológica antes de nombrarlos?), esta postura había tenido al menos el efecto de calmar el debate público sobre el tema. Sobre todo porque el nuevo presidente también se había declarado favorable al voto de una ley federal que resolviera la cuestión de una vez por todas. En noviembre de 1992, otra decisión de la Suprema Corte, que rechazaba poner en tela de juicio el fallo de una Corte Federal que había anulado una ley restrictiva sobre el aborto en el territorio de Guam, parecía enterrar definitivamente la lucha judicial y política en torno al aborto: se abriría un campo para investigaciones, de naturaleza más privada, sobre la amplitud y el número creciente de los abortos en el país.

El caso del debate sobre el aborto es particularmente significativo, en la medida en que escenifica uno de los fenómenos claves de la vida social norteamericana: la naturaleza esquizofrénica del debate público. Todas las encuestas mostraron ampliamente que los norteamericanos experimentaban masivamente dos sentimientos ante el aborto, a la vez profundos y contradictorios: por una parte, la convicción de que se trata de una decisión privada en la cual el Estado o el poder público no tiene por qué inmiscuirse; por otra parte, el

²⁰ Ver Timothy Phelps y Helen Winternitz, *Capitol Games. Clarence Thomas, Anita Hill, and the Story of a Supreme Court Nomination*, Hyperion, 1992. Por otra parte, la dimensión racial del caso está tratada sobre todo en el libro colectivo, *Racing Justice, Engendering Power: essays on Anita Hill, Clarence Thomas and the Construction of Social Reality*, edición y prefacio a cargo de Toni Morrison, Pantheon Books, 1992.

sentimiento de que no se trata de un acto legítimo cuya glorificación en los medios masivos se impusiera. De ahí, sin duda, el malestar provocado por el lugar que se le otorga a ese "derecho", en el nivel de las grandes libertades fundamentales que están en la base del sistema democrático. La "libertad de decisión", reclamada por las organizaciones de mujeres y toda el ala izquierda de la vida política, es de hecho, para la gran masa de los norteamericanos, la libertad de una decisión difícil y culpabilizante. Lo que fracasó ampliamente ese año fue la doble tentativa de intromisión del Estado en los asuntos privados y de glorificación del aborto como acto heroico, fundador de la democracia: el 3 de noviembre, los electores dijeron, entre otras cosas, lo que pensaban de la plataforma del partido republicano que preveía una enmienda constitucional que prohibiría el aborto en todos los casos; pero están lejos de adherirse a los programas de los movimientos que piden, por ejemplo, que el aborto sea objeto de financiamiento público.

El debate público y masivo, en una palabra, es a este respecto más violento y absolutista que la opinión misma. La cuestión del hostigamiento sexual da otro ejemplo de ello, ya que la realidad es menos virulenta de lo que parece, a partir de la avalancha de pasiones que suscitó el tema. En numerosos casos, a cual más espectacular —de Clarence Thomas a ciertos senadores cuestionados por su comportamiento privado—, la necesidad de salir del largo silencio social mantenido en torno a prácticas antiguas ha pasado a veces antes que el respeto por los derechos individuales más elementales. El hostigamiento sexual está considerado de hecho, a partir de ahora, como un "crimen social" y, en algunos casos, con efecto retroactivo. Se ha perdido a veces de vista que un crimen no existe en principio más que si lo define la ley y si se logró establecer su materialidad.

Si existe tal "guerra" entre hombres y mujeres —se puede admitir con Susan Faludi— es ante todo en las relaciones institucionales, pues la esfera de la vida privada permanece sometida a una tradición conservadora que parece paradójicamente impermeable a las conmociones. Pues si la cruzada lanzada por el partido republicano en nombre de los valores familiares fracasó ese año, no es porque los valores en cuestión fueran extraños al cuerpo social: es, sencillamente, porque muchos norteamericanos estimaban que el Estado, o un partido político, no tenía por qué meterse en su modo de vida.

En su existencia institucional, el movimiento feminista ha visto efectivamente, desde hace varios años, un desplazamiento del orden ideológico al orden jurídico y práctico, pasando del estado de componente plena de la "izquierda de los años 60" al estado de dato de base del desarrollo contemporáneo de la problemática de los "derechos". Se dio entonces una forma de sindicalización, ya que las dirigentes feministas históricas estaban superadas, en provecho de las responsables de los diferentes movimientos casi socio-profesionales: para la libertad de abortar, para la promoción de las mujeres en política, para la planeación familiar, para las madres trabajadoras. Organizaciones con programas precisos, cuya función de cabildo se integró naturalmente a la estructura institucional del poder. De manera significativa sin duda, dos de las principales representantes del feminismo histórico, Gloria Steinem y Germaine Greer, publicaron ese año libros comerciales, muy alejados de la lucha política; la

primera narra en detalle la reconquista de su confianza en sí misma (*self esteem*) y sus problemas amorosos, la segunda analiza el problema de la menopausia en todas sus dimensiones...

Sin embargo, la cuestión del hostigamiento sexual —gran tema actual de la reivindicación feminista que parece reunir a todos los demás— todavía no ha sido estudiada en todas sus dimensiones: su realidad estadística y social, pero sobre todo las razones de su evidente impacto en la opinión feminina y de su resonancia política actual. Tal vez —como es a veces el caso, ya se vio en materia racial— asistimos al redescubrimiento paradójico de la doctrina: "separados pero iguales". Porque la criminalización del hostigamiento sexual va aquí mucho más allá de la simple definición de comportamientos y prácticas cuyo carácter delictivo no ofrece lugar a dudas. La generalización progresiva de la noción apunta a eliminar fundamentalmente toda forma de ambigüedad en las relaciones sociales; traduce la necesidad de inscribir en el derecho los comportamientos más privados. La reivindicación de la igualdad —incluso en su dimensión feminista— es tan antigua como el país. Durante las discusiones sobre la declaración de independencia, en marzo de 1776, Abigail Adams le escribió a su marido John, quien se convertiría más tarde en el segundo presidente de los Estados Unidos: "Me gustaría que usted se acordara de las mujeres, y que fuera para ellas más generoso y favorable que sus antepasados. No deje poderes ilimitados en manos de los maridos. Recuerde que todos los hombres se convertirían en tiranos si pudieran. Si no se les da a las mujeres un cuidado y una atención particulares, estamos decididas a fomentar una rebelión, y no nos sentiríamos atadas por ninguna ley que no tomara en cuenta nuestro voto y nuestra representación".

La sindicalización contemporánea del movimiento feminista coincide, finalmente, con una creciente demanda de mejorías sociales, en un país que parece aspirar poco a poco a un tipo de cobertura social más parecida a la que conocen los países europeos. Muestra de ello son los debates políticos que se han desarrollado en este año en torno al seguro de enfermedad, así como la polémica en torno a la licencia de maternidad: en efecto, la hostilidad de los conservadores a un proyecto de ley votado por el Congreso, y sin embargo de alcance modesto —pues los empleadores simplemente tenían que dar licencias a las madres que lo solicitaban—, se tradujo en un veto del presidente Bush. La izquierda denunció la contradicción entre las declaraciones republicanas sobre los "valores familiares" y la hostilidad a toda forma de legislación "familiar".

En este aspecto, como en los anteriores, permanece la duda acerca de la actitud que adoptará la nueva administración. Maya Angelou, poeta, mujer y negra, fue invitada simbólicamente por Clinton para que compusiera y recitara un poema en su toma de posesión, el 20 de enero de 1993, como señal de su voluntad de superar las divisiones que hoy aquejan a la sociedad norteamericana. La idea básica de la nueva administración es que los Estados Unidos, liberados a la vez de la carga política, financiera y cultural de la guerra fría y de la negligencia conservadora, puedan desde ahora concentrar sus energías en resolver sus problemas internos. Más allá de ese deseo y de los programas, y en el contexto de una escasez constante de fondos públicos y de la resistencia a los impuestos, Bill Clinton deberá presidir también varios años de reflexiones sobre la identidad norteamericana. □